

# Capítulo 40 - Luces pálidas

"Que Dios sea mi testigo", afirmó duramente el alcalde Crespín, "si alguno de ustedes saca una espada, ordenaré que los fusilen".

Los labios de Angharad se estrecharon, su espalda se enderezó mientras lo miraba con desdén. Ya había dado su juramento, ¿a qué clase de hombre sin honor se refería? El alcalde de Cantica, un hombre de mediana edad con una espesa barba negra cuyo salvajismo contradecía la pulcritud de su ropón de lana verde, parecía no estar impresionado por su ira.

"Puedes mirar todo lo que quieras, muchacha, pero tengo permiso del comandante en Tres Piedras para eliminar a cualquiera de ustedes que se ponga imprudente", dijo el hombre. "¿Crees que eres la primera con el pecho lleno de arrogancia que pasa por aquí?"

"Yo no tengo intención de incumplir mi palabra", afirmó Angharad con determinación.

Crespín la miró unos instantes más, observando cuán inertes parecían sus ojos—casi sin vida—antes de gruñir en una expresión que pudo haber sido aprobación o rechazo. Luego, los oscuros ojos del alcalde se desplazaron hacia Augusto Cerdán, quien aún sonreía.

"Solo saqué la espada porque sentí peligro, buen señor", explicó Augusto. "No me atrevería a infringir sus leyes".

El alcalde Crespín lo observó con atención unos momentos más.

"De suerte tienes que no damos golpes por engreimiento", finalmente dijo. "Ve con los demás".

Eso bastó para quitarle la sonrisa a Augusto. El alcalde, acariciándose la barba, los miró por última vez y luego se alejó. Los dos guardias del pueblo, que habían estado vigilando su conversación, apoyaron sus mosquetes contra sus hombros. Hombres valientes, pensaron los Pereduri. Solo eran unos pocos, para contener a cinco veces más los que enfrentaban a juicio, pero en ningún momento mostraron miedo ante la idea de que estallara una pelea.

Angharad consideró que vivir en un lugar tan terrible seguramente fortalecía mucho la valentía de uno.

"Ustedes, los recién llegados", llamó el alcalde Crespín. "Envíen a uno al frente. Los demás con el grupo".

La noble de piel oscura se giró sorprendida; no había notado que alguien más se acercaba. Angharad soltó un sobresalto al ver quién era: Tristan, Yong y Sarai, la de piel clara. La más joven parecía haber salido mejor que los otros dos, al menos hasta que Angharad notó que le faltaban dedos. Los demás parecían haber sido brutalmente golpeados, y Yong claramente había sido

alcanzado por un disparo, pero los tres estaban en condiciones de moverse. Fueron cálidamente recibidos por el resto de sus compañeros, especialmente Yong, quien conocía bien a Lady Ferranda y Lord Zenzele desde hace mucho tiempo.

Fue Tristan quien avanzó cojeando hasta el frente, tal como le habían indicado, la única parte de él que no parecía haber sido lanzada por un precipicio, con su gastado tricornio de cuero en la cabeza. El sacromontano tenía buen gusto en eso, al menos.

"Tredegar", saludó cansinamente con la mirada gris, haciendo una pequeña inclinación.

"Tristan", respondió ella con alegría. "Me alegro de que hayas llegado con bien".

Decidió que cómo había logrado sobrevivir sería asunto para más tarde. Seguramente había otro camino a través del laberinto, uno que pudiera abrirse sin necesidad de diez vencedores.

"Podrás tener tu reunión más adelante", dijo el alcalde Crespín, con rudeza pero sin maldad.  
"¿Tristan, es así?"

"Es mi nombre", aceptó el sacromontano.

"¿Debemos esperar más supervivientes?", preguntó el hombre. "La joven aquí dice que todas las personas con las que hizo la segunda prueba están contabilizadas".

"Nuestro cuarto está muerto," respondió Tristan, con el rostro ligeramente tenso. "Hasta donde sé, no quedan más."

Angharad no pudo, en ese instante, recordar el nombre del anciano. ¿Franco, Frecho? Le habían dicho su nombre en algún momento, lo sabía, y un leve sentimiento de vergüenza le invadió al darse cuenta de que no había prestado suficiente atención para recordarlo.

"Bien," dijo el alcalde Crespín, haciendo una pausa.

Tristan lo miraba. La mirada gris era uniforme, casi suave, pero Angharad se tensó incómoda ante esa percepción. Era una especie de calma perturbadora - la clase de calma que precede a que alguien estrellé un vaso contra tu cabeza o saque un cuchillo.

"No es buena," corrigió Crespín, "pero nos facilita las cosas. Si todos están aquí, podemos comenzar el Juicio de las Malas Hierbas."

Tristan inclinó la cabeza ligeramente.

"¿Necesitas algo más de mí?" preguntó.

"No," gruñó el alcalde, y luego dirigió una mirada hacia ella. "Lo mismo contigo, Malani. Puedes unirte a los demás."

Angharad suavizó su irritación por la inexactitud y asintió en señal de reconocimiento, acompañando a la otra participante en la corta caminata. No intercambiaron palabras, solo se escuchaban los chapoteos de sus botas en el barro poco profundo. Song esperaba por Angharad al volver, señalándole que se acercara mientras Tristan desaparecía en la multitud.

“Shalini les entregó el cuerpo de Ishaan,” susurró Song en su oído. “Lo quemarán mañana, después de haber reunido leña.”

“¿Estuvo de acuerdo en entregarlo?” susurró Angharad, sinceramente sorprendida.

“No le dieron opción,” respondió Song. “No permitían que un cadáver fuera arrastrado por miedo a las enfermedades.”

Lo cual, admitió Pereduri, era una preocupación justificada. Que la forzaran a esa manera explicaba por qué la Someshwari parecía estar de mal humor, a pesar de los intentos de Zenzele de entablar conversación. Ferranda permanecía con ellas, el trío que mantenía unido durante la marcha, y Angharad sintió un leve cosquilleo de envidia. Todos con los que había pasado la primera prueba estaban ahora muertos o alejados, salvo Song, incluso Brun, con quien creía tener buena relación, prefería ahora estar con Yarezi y conversar en silencio, en lugar de reactivar su amistad. El alcalde Crispin aclaró su garganta, poniendo fin a la charla trivial, y todos dirigieron la mirada hacia él.

“Para empezar,” dijo el hombre barbudo, “ya que escuché que el santuario quedó sepultado, les pregunto esto: ¿hay alguien aquí que quiera retirarse de las pruebas?”

Esperó un momento en silencio.

“Última oportunidad,” dijo. “Si llegan a escuchar las reglas del Juicio de las Malas Hierbas, las únicas formas en que dejarán esta isla son en un ataúd o con una capa negra.”

Silencio total. El hombre se encogió de hombros.

“No digan que no les advertí,” dijo el alcalde. “Síguenme, les explicaré las reglas una vez lleguemos a la plaza del pueblo.”

No fue un paseo particularmente largo, aunque las calles insulsas lo hicieron bastante desagradable. Se mantuvieron a los lados tanto como pudieron, más cerca de las tablas de madera ocasionales que del barro en medio de las calles. Tras cuatro minutos atravesando tiendas, casas y una gran posada, el alcalde disminuyó su paso al llegar a su destino.

La plaza parecía casi fuera de lugar en medio del apretón de las calles de Cantica, que se apretaban contra las murallas de estacas con callejones estrechos y casas de madera tosca. En contraste, la plaza del pueblo era un espacio amplio y abierto, pavimentado con gruesas losas cuadradas. Distribuidos en ella, mirando hacia el centro, había tres grandes jaulas de hierro. Cada una superaba la altura de un hombre y era lo suficientemente larga como para caminar por su interior.

Las cerraduras colgaban en sus puertas abiertas.

Un estremecimiento de inquietud recorría su grupo, y Angharad no negaba en absoluto compartir esa sensación. Si en las jaulas había criaturas, ahora ya no estaban, y si estaban destinadas a las personas entonces...

“Aquí estamos,” dijo el alcalde Crespín. “Acérquense ahora, y sin charlas. No voy a repetir lo que digo si se pierden algo.”

Astutamente, su grupo se reunió al borde de la plaza adoquinada mientras el alcalde barbudo se acercaba para situarse entre las jaulas. Crespín escupió a un lado, en el barro.

“Ahora, se supone que la Guardia les debe dar una explicación acerca del significado de la tercera prueba antes de enviarlos en su camino,” explicó. “Pero yo no soy guardia, y solo he escuchado fragmentos de ese discurso a lo largo de los años.”

Se encogió de hombros.

“Así que compartiré con ustedes mi propia comprensión de la misma.”

El hombre barbado los recorrió con su mirada.

“La Prueba de las Líneas es un desafío de habilidad,” anunció. “Si no tienen un plan o no se parecen en nada a quienes sí lo tienen, si no cuentan con la preparación para llegar en silencio al santuario o la fuerza para luchar a través, entonces acabarán muertos.”

Angharad sintió un retortijón ante la crudeza de sus palabras, pero en ellas resonaba una verdad indiscutible.

“Ahora, la Prueba de las Ruinas es como una olla,” dijo el alcalde Crespín. “Te lanzan al agua y aumentan la temperatura para ver qué harás cuando empiece a hervir: ¿traicionarás a tus aliados, quebrarás, huirás o te elevarás a la ocasión?”

Se intercambiaron miradas, y Tupoc solo sonrió ante esas acusaciones no dichas, sin alterarse en lo más mínimo, y un número halagador de miradas se dirigieron hacia ella en la última parte. Angharad se enderezó, permitiéndose un pequeño atisbo de orgullo.

Pero no duró mucho.

“No sois muchos los de este año,” afirmó el alcalde con franqueza, “así que no debisteis ser unos grandes nadadores.”

Aquella afirmación tampoco carecía de verdad, pensó Angharad. Cerca de tres veces su número actual había salido del Bluebell.

“Ahora, la Prueba de las Hierbas no es como las dos primeras,” dijo el alcalde Crespín. “Si habéis llegado hasta aquí, sois buenos o simplemente afortunados: en cualquier caso, los Rooks pueden aprovecharos.”

Sonrió, aunque solo con una ligera curva de labios que apenas mostraba alegría.

“Este lugar trata de arrancar las hierbas malas antes de que se incorporen a la Guardia, por así decirlo, y la tarea de seleccionarlas corre por vuestra cuenta.”

Un nuevo estremecimiento de inquietud.

“No vamos a poner a ninguno de ustedes en esas jaulas,” dijo Crespín. “Ustedes serán los que las ocupen.”

A pocos de ellos les agradó ese sonido.

“Esta noche, antes de que se retiren a sus habitaciones, cada uno de ustedes será apartado y se le pedirá que nombre a tres personas,” continuó el hombre. “Una para cada uno que creas que debería estar en una jaula. Las tres más nombradas serán acompañadas por la guardia del pueblo a su celda en la mañana.”

Angharad frunció el ceño y aclaró su garganta. Esto le valió una mirada poco amigable de Crespín.

“¿Qué sucede si dos de nosotros somos nombrados en igual número de ocasiones?” preguntó.

No tendría importancia si la tercera posición no fuera compartida, pensó, pero si eso ocurría, quizás tendrían que resolver un empate.

“Compartirás la jaula,” respondió el alcalde sin pestañear.

Eso, Angharad admitió en silencio, era una justicia despiadada.

“Por la mañana, volveréis a reuniros aquí,” prosiguió el alcalde Crespín, “y después de que los elegidos entren en las jaulas, votaréis sobre quién de los tres morirá.”

“No puede ser en serio,” replicó Shalini. “¿Queréis que nos matemos entre nosotros?”

El hombre encogió los hombros.

“Supongo que ya os habéis estado matando unos a otros,” dijo. “Ahora es el momento de que asumáis las responsabilidades por ello.”

Se rió entre dientes.

“He visto cómo la sonrisa se desaparece de los rostros de todo tipo de individuos inteligentes, cuando se dan cuenta de que quizás tengan que pagar por sus trucos sangrientos después de todo,” afirmó el alcalde Crespín. “Desde mi punto de vista, esta prueba es para ellos. Si lanzáis a vuestros aliados a los lobos, lo mejor es que seáis lo suficientemente astutos para convencerles de que no os ahorquen después.”

El alcalde encogió los hombros.

“¿De qué otra manera la Guardia tendría interés en vosotros?”

Un par de ellos intervinieron a la vez, incluso mientras Angharad apretaba los dedos en el mango de su sable. Esto era una locura, pensó; ¿cómo podían esperar que – La mano de Crespín se alzó, y el silencio se reinstaló. Nadie quería arriesgarse a perderse alguna regla.

“No termina aquí,” declaró el hombre de barba. “Tras ello, cada uno de vosotros será interrogado en privado: ¿debería jugarse otra ronda?”

Se pudo escuchar un silencio absoluto, como si la misma aguja cayese al suelo.

“Solo hace falta un sí,” dijo Crespín, “para que haya otra.”

“Eso es absurdo,” replicó Augusto con tono severo. “¿Cuántos de nosotros morirán por viejas rencillas?”

Angharad pensó que era incómodo verse obligada a aceptar en cierto modo la opinión del hombre.

“Mientras estén dispuestos a matar,” respondió el alcalde con indiferencia, “la cantidad que deseéis. La Prueba de las Hierbas termina cuando el rechazo a otra ronda sea unánime. Después, os proporcionaremos nuevos suministros y seguiréis hacia el norte, rumbo a Three Pines, para uniros a la Guardia.”

Aunque Angharad sintió cómo la indignación crecía en su interior, su compañía mantuvo el silencio un poco más de tiempo. A Crespín le agradaba jugar con ellos. La prueba de su paciencia fue justificada, pues unos latidos más tarde, el alcalde soltó una carcajada.

“Una última cosa,” añadió. “Existe una última regla, un secreto que debéis descubrir por vosotros mismos. Una forma de que alguien en las jaulas no muera, aunque sea escogido. Investiga a tu manera, mientras recuerdes las reglas: nada de violencia contra mi gente ni entre vosotros.”

El alcalde Crespín les hizo una reverencia.

“Eso es todo,” dijo. “Mis hombres os localizarán para preguntar vuestros nombres, no intentéis dormir antes de que os den permiso.”

Caminó directamente entre la multitud, obligándolos a apartarse como si quisiera dejar una marca, y durante unos momentos, el silencio lo siguió en su rastro.

Luego, surgió el caos en un grito desgarrador.

--

Lo primero que sucedió fue que Tupoc Xical se alejó sin decir una palabra.

Ignoró los ironías de Ferranda y Zenzele. Angharad buscó en su rostro miedo, esperando encontrarlo mientras pasaba junto a ella, o arrepentimiento, pero no halló ninguno. Parecía, para

su frustración, pensativo. Sabe que seguramente será enviado a una jaula, pensó; por eso, quizá, está buscando la regla oculta que podría salvarle la vida. Ella creía que ya había tomado esa decisión antes incluso de que el alcalde terminara de hablar. Era una visión tortuosa, admirar la serenidad de Tupoc — después de todo, no habría necesitado estar sereno si no fuera un traidor sin remedio.

Todo lo admirable en él estaba entrelazado con sus peores rasgos. En cierto modo, sus cualidades facilitaban que se le despreciara, pensaba Angharad, pues Tupoc era capaz de actuar con honor cuando él quería. Tenía la destreza, el discernimiento.

Era una elección que él fuera abominable.

“Todos debemos estar de acuerdo ahora en a quién enviamos a las jaulas”, decía Yaretzi. “El juicio se alimenta de la desconfianza, ¿deberíamos ser simplemente transparentes con-”

“¿Cómo sabremos si alguien está mintiendo?” preguntó Lan con despreocupación. “Daremos nuestros nombres en privado, el alcalde fue claro sobre eso.”

Yaretzi giró una mirada penetrante hacia la mujer mayor, Angharad solo entonces notó que le faltaba uno de sus pendientes de turquesa. Debió caer durante su vuelo a Cantica.

“La confianza”, comenzó Yaretzi, pero un risolillo burlón interrumpió la frase.

“Todavía hay un asesino entre nosotros”, intervino Zenzele, quien había sido el que se rió, “No debe hablarse de confianza, Yaretzi”.

“El caos no favorece a nadie”, opinó Song. “Solo un semblante de acuerdo puede ayudar.”

“Tiendes a guardar más secretos que cualquiera aquí, Tianxi, y algunos son más recientes que otros”, dijo Zenzele Duma con severidad. “No invadiré tu privacidad presionándote, pero te ruego que no nos tomes por tontos. No seré una herramienta para tus artimañas.”

Song enfrentó su mirada con su penetrante brillo plateado, su rostro se endureció.

El ceño de Angharad se elevó ante la tensión. Era una afirmación contundente, pero un lord de Malan la había pronunciado y, por lo tanto, no debía considerarse mentira alguna. Además, él tiene un contrato que le permitiría olfatear secretos, pensó. Zenzele había visto su propio juramento vengativo, aunque no sabía qué era exactamente. Y ahora dice que lo que Song guarda para sí misma supera incluso eso. Un pensamiento que helaba. Sin embargo, el secreto no merecía desprecio: ¿habría contado Angharad que era perseguida por asesinos? No, ni siquiera cuando temió tontos que Zenzele Duma y su amante podrían ser los autores de una conspiración en su contra, enviados por su enemigo sin nombre.

“Hay ruina en nuestras huellas, Lord Zenzele”, dijo Angharad. “Perseguir las sombras del otro es un juego sin vencedor.”

El noble de piel oscura — más alto que ella, incluso con su sombrero en la mano, aunque no mucho — la miró con firmeza. Ferranda lo empujó suavemente, y él le dio una breve inclinación y apartó la mirada. Song parecía estar a punto de hablar de nuevo, pero fue otra persona la que intervino primero. La gracia de Cozme Aflor nunca se recuperó del todo tras la pérdida de su sombrero, pero el anciano aun desprendía autoridad con su barba y bigote bien arreglados. Las heridas en su camino por Toll solo añadían gravedad, y los vendajes en su brazo le conferían un aspecto de veterano herido.

Con la mano en la empuñadura de su espada — de manera relajada, reposando, sin amenaza — se acercó a ponerse frente a todos.

“He cometido errores,” dijo Cozme Aflor con franqueza. “Lo acepto.”

Una carcajada aguda y burlona resonó.

“Oh, dulces Manes,” exclamó Augusto Cerdan. “Pensar que vería el día en que te inclinaste lo suficiente para rogar por tu vida, Cozme. Valió la pena solo por eso.”

El hombre mayor lo miró con disgusto, luego lo ignoró.

“Intenté cumplir con mis juramentos a la Casa Cerdan más allá de lo prudente,” dijo Cozme, “pero nunca blandí una espada contra ninguno de ustedes, ni busqué venganza cuando un contrato fue usado en mi contra sin provocación.”

Se dirigió una mirada significativa a Shalini, quien devolvió una mueca de desdén.

“Si sientes que el frío afuera ha aumentado, deberías haber pensado dos veces antes de salir,” respondió Someshwari.

Brun aclaró su garganta.

“Uno no abandona a la servidumbre de los infanzones a la ligera,” dijo el hombre de cabello claro. “La rebeldía no está libre de costos para los sacromontanos, Shalini Goel.”

La pequeña Someshwari lo miró con sorpresa y algo de vergüenza al recordar que había llegado allí como amiga cercana y confiada de un noble, mientras que Cozme era simplemente un vasallo. Angharad, aunque atendía a la conversación, meditaba en silencio en su interior. Tupoc se dirigía a una jaula, eso era seguro. Había hecho demasiados enemigos. La única pregunta importante era quién más terminaría allí.

“No pretendamos que ser soldado de una casa justo debajo de los Seis es lo mismo que ser una rata,” dijo Tristan sin rodeos. “La compasión es buena, Brun, pero Cozme Aflor nunca le importó nadie más que sus propios protegidos hasta que ese puente quedó completamente quemado.”

“¿Y debería ser asesinado por eso?” desafió Brun.

Una risa dura.

“Tendrás que perdonar a Tristan,” dijo Yong. “Se ha acostumbrado a decidir quién vive y quién muere.”

Eso les valió dos miradas medidoras; era una ruptura evidente en lo que antes era una relación cordial, pero Angharad seguía haciendo su lista mental. Nadie, pensó, había hecho tantos enemigos como Augusto Cerdan y Cozme Aflor. Era casi seguro que ambos serían enviados a las jaulas junto con Tupoc. Solo Yaretzi, quien había luchado contra Tupoc y había sido acusada por Shalini, podía siquiera acercarse en esa lista.

“Todos los que tienen un arma tienen ese mismo poder, Yong,” dijo Lan con indiferencia, “y veo que tú llevas dos.”

“No creo que esto te esté yendo bien, Cozme,” susurró Augusto en voz alta. “Quizá deberías... seguir la corriente, viejo amigo. Será más rápido.”

Casi pareció que Angharad se estremeció —no fue casi, sino que realmente lo hizo— al recordar la última vez que escuchó esa frase.

“Encerrar a alguien en las jaulas no significa condenarlo a la muerte,” señaló Angharad. “Una marca de vergüenza, quizás, pero no un juramento de enviarlo a la tumba.”

“Bien dicho,” gruñó Yong. “Me han dicho que podría estar sangrando hasta morir, así que buscaré a un médico. Sin embargo, te dejaré esto: Tupoc, Augusto, Tristan. Tómallo como quieras.”

Luego empezó a cojear hacia otro lado. Sarai, con el rostro enrojecido por la fatiga, intercambió una mirada y una señal con Tristan antes de alejarse de la multitud para ayudar a Yong a avanzar con dificultad. El veterano parecía dispuesto a negarse, pero después de un momento cedió y le puso un brazo sobre los hombros mientras desaparecían en la ciudad.

“Eso fue totalmente innecesario,” se quejó Augusto. “Apenas he hablado con el hombre.”

“Eso basta,” respondió Angharad con serenidad.

Él le hizo un gesto de desprecio con el dedo, sin aparentar preocupación, aunque seguramente sería llevado a una jaula. ¿Es solo bravata, o realmente no tiene temor? Cozme, cuya atención había sido distraída por diversas razones, aclaró su garganta y volvió a captar la atención.

“He dicho lo que tenía que decir,” afirmó el anciano. “Ahora solo puedo confiar en la justicia de quienes estamos aquí presentes.”

“Realmente me equivoqué al llamarte gallo,” reflexionó Augusto. “¿Cómo puedes ser así, teniendo ese talento para la fellatio?”

El infanzón soltó una carcajada.

“Confío en la justicia de quienes están aquí reunidos”, repitió con voz nasal. “Al menos pónganse de rodillas primero, si van a trabajar con tanto empeño en ello.”

Las mejillas de Cozme se enrojecieron de ira mientras alcanzaba su espada, sin desenvainarla completamente, y aún Angharad sintió que se le apretaba la mandíbula ante la sordidez de Augusto. De alguna manera, Augusto se había vuelto aún más odioso desde la Toll Road, y ya no se contenía en su veneno. Por las expresiones de quienes le rodeaban, eso no le ayudaba en nada. Pero, pensó Angharad, incluso si se volviera tan dulce como la miel, él acabaría en una jaula.

Como había señalado el alcalde Crespin, La Prueba de las Hierbas era una purificación para los otros dos.

“Hablar aquí es inútil”, dijo Shalini. “La mitad de nosotros no confía en la otra, y no hay conversaciones serias con serpientes enroscadas en nuestras piernas.”

“Tiene razón,” afirmó Lady Ferranda. “Y Yong también, a su manera.”

Se detuvo un instante.

“Tupoc, Augusto, Cozme.”

“Hablaré con los Villazur cuando regrese a la ciudad,” dijo Augusto con suavidad.

La infanzona de cabello rubio arqueó una ceja.

“Eso sería todo un truco, sin cabeza,” comentó, y se alejó.

Shalini la acompañó, y Zenzele les lanzó una mirada antes de aclararse la garganta.

“Considera a Tupoc como un hecho,” dijo la Malani. “Lo demás requiere reflexión.”

Luego inclinó ligeramente la cabeza hacia ellos con respeto y apresuró a alcanzar a los demás. Angharad se dio cuenta de que todavía quedaban muchos allí. De los catorce que sumaban, aún permanecían ocho en la plaza. Pero en el momento en que Shalini y los otros se habían ido, la idea de mantener esto en abierto había desaparecido. Aunque había suficiente numeroso para decidir si querían, la ilusión de unidad se había hecho pedazos.

Cada uno empezaría a hacer sus propios tratos, como si esto fuera la corte de la Gran Reina.

Angharad intercambió una mirada con Song y asintieron discretamente. Ambos sabían que aquello había terminado, y en menos de un minuto se retiraron.

--

Por muy estrechas que fueran las tablas del costado de la calle, preferían eso a caminar por el barro, aunque ello dificultara un poco el hablar en movimiento.

“Tengo cierta relación con Sarai,” le confesó Song. “La buscaré para averiguar qué ocurrió cuando nuestras compañías y ellas se separaron.”

Angharad pudo entender la insinuación entre líneas. Las dos conocían, pero la Triglau mostraba menos afecto hacia los Malani. Era comprensible, aunque quizás algo injustificado—Angharad nunca había sido dueña ni había comerciado con esclavos. La primera conversación tras la revelación de su origen no fue muy hábil, lo admitía, así que la Pereduri no dijo nada al respecto.

“Me intriga bastante qué túnel encontraron para escapar,” admitió Angharad. “Debe haber sido desconocido incluso para la Guardia.”

“Son bastante astutos,” respondió Song. “Creo que será una historia interesante.”

Angharad asintió y luego aclaró su garganta con algo de incomodidad.

“Creo que debería hablar primero con Lord Zenzele,” propuso.

Delicadamente, evitó mencionar que su compañera isleña ya mostraba un claro desagrado hacia Song. La Tianxi la observaba desde un lado.

“No está equivocada,” afirmó la mujer de ojos plateados. “Mantengo muchos secretos.”

“Tus ojos te condenan a ese destino,” dijo Angharad con indiferencia.

Era, si acaso, un alivio saber que Song no solía expresar en voz alta todas las cosas que sus ojos, por su simple presencia, estaban destinados a revelar. Angharad prefería que ese pacto lo guardara una mujer reservada, en lugar de una parlanchina. Song apartó la vista y se adentró en la sombra que proyectaban los farolillos en lo alto.

“No más que esa clase,” dijo ella. “Me incorporé a las pruebas en el Dominio por un propósito específico, Angharad, y aunque aún estoy obligada a no hablar de ello, llega el momento en que podré decírtelo.”

“Eso no es necesario,” le aseguró Angharad. “No guardo silencio por gusto, salvo si causa daño.”

“Es preciso,” respondió Song, sonando casi divertida. “Tengo la intención de hacerte una propuesta cuando lleguemos a Tres Pinos, y cuando la haga no querría que pienses que toda nuestra relación ha sido una treta.”

La Pereduri lo comprendió, de verdad. Todo ese complot y mentira, qué agotador se había vuelto. Revisar cada frase en busca de múltiples significados, cada mano extendida una trampa. Incluso la distracción más agradable que Angharad había encontrado había sido... Ella apretó los dientes al recordar cómo Isabel miraba, su rostro un desastre enrojecido. La confesión abierta de Song de que guardaba secretos y ofrecería un trato era refrescante, una línea claramente marcada en la arena.

Ella podía necesitar más de esas en su vida.

“Me has salvado la vida en más de una ocasión,” dijo Angharad. “Sea lo que sea que pueda sucedernos, Song, ten por seguro que escucharé cualquier oferta que tengas para hacer.”

La otra mujer la observó por un momento prolongado, con pasos vacilantes sobre las tablas, y a Angharad le pareció que Song era realmente bastante llamativa. Ojos plateados en un rostro de oro pálido, la estructura de su rostro era fina y elegante. Con una trenza y un sombrero de cuero doblado, parecía casi una cazadora de historias. Un pensamiento pasajero, casi absurdo. Ninguna cazadora de historias usaría con tanta precisión para recortar sus raciones que acabaría con rebanadas de pan delgadas como hilo, que nunca llegaba a comer.

Eso y que roncaba, aunque el ruido resultaba divertidamente delicado.

“Palabras que vale la pena recordar,” dijo finalmente Song.

Con eso lo dejaron.

--

El posada por la que habían pasado antes se llamaba ‘El Último Descanso’.

Las palabras estaban talladas sobre la puerta en Antigua, algo escuálida, ya que los habitantes del pueblo parecía que no estaban familiarizados con la idea de colgar un cartel. Si no fuera por las grandes y abiertas contraventanas, no habría sabido reconocer el lugar desde fuera. La planta baja era una sala común llena de mesas largas, con una chimenea al fondo y un mostrador. Detrás de ese mostrador, una puerta conducía a lo que parecía ser una cocina, y un poco a un lado, unas escaleras tambaleantes llevaban al segundo piso.

Song se había ido al otro lado de la calle, donde supuestamente el médico y enterrador del pueblo—una combinación eficiente, había pensado Angharad—estaba revisando las heridas de Yong. Sarai estaría esperándolo, un momento igual al que cualquier otro para hablar.

Las tres almas que ella buscaba estaban en la sala común de El Último Descanso. Al ocupar la mesa al lado de la chimenea, tenían comida caliente y lo que parecía jarros de cerveza. Al acercarse, Angharad notó que aunque Shalini parecía haber tomado una de las salchichas de Zenzele, había entregado su cerveza a cambio. Ferranda no había cambiado nada, pero jugaba con sus guisantes con una evidente falta de entusiasmo. Angharad no podía culparla, la comida era simplemente horrible.

Fue Ferranda Villazur quien la vio primero, y cuando Angharad le hizo un gesto hacia el espacio libre junto a Zenzele, con una ceja levantada, la infanzona asintió encogiéndose de hombros. Suficiente permiso, decidió la noble. Aflojándose el cinturón de la espada, se lo quitó y lo dejó a un lado, antes de deslizarse en el banco junto a Lord Zenzele. El hombre en cuestión tragó su trago, luego le sonrió.

“Lady Angharad,” dijo. “¿También vienes a sacarles algo de comida?”

“No me importaría,” admitió ella. “¿Es caro?”

No le quedaba mucho dinero, y, para ser honestos, la idea del dinero la tenía algo aturdida. ¿Cuánto había pasado desde la última vez que pagó por algo? Ni siquiera dos semanas, y aun así

parecía que era un mundo lejano.

“No cuesta nada.”

Angharad se tensó ante la voz que provenía de detrás: no había oído acercarse a alguien. Al girarse, encontró a un joven sorprendentemente joven, que no podría tener más de diecisiete años, mirándola con una ligera expresión de aburrimiento. Llevaba un delantal de cuero sobre una túnica de lana marrón áspera, un vestido de manga larga en un estilo anticuado, y su cabello negro, despeinado, caía hasta los hombros. Seguramente era liernano, por el tono de su piel, pero no pudo precisar el acento.

“Como parte de nuestro acuerdo con la Guardia,” dijo el muchacho, “proveemos alojamiento y comida para todos los que participen en el juicio, además de llevar a cabo la Prueba de las Malezas. ¿Quieres comer algo?”

Angharad asintió lentamente.

“¿Qué hay disponible?”

“Comida,” respondió el hombre con sequedad. “Con o sin cerveza.”

“Es cerveza de cebada, Tredegar,” le explicó Zenzele. “De mala calidad.”

A él no pareció importarle mucho empezar a beber una segunda copa.

“La cerveza de maíz es una obsesión de los malani,” respondió ella con una sonrisa divertida. “Mi gente hace vino de cebada como las personas civilizadas.”

“Estoy segura de que piensas que eres interesante,” dijo el posadero, con un tono que insinuaba lo contrario, “pero sigo esperando una respuesta.”

Solicitó una comida sin cerveza, aclaró la garganta y preguntó:

“¿Cuál será el arreglo para las habitaciones?”

“Normalmente, os dividimos entre aquí y La Tumba Caliente, al otro lado de la ciudad, pero este año apenas son unos pocos, así que todos irán arriba,” explicó el hombre, señalando con el pulgar hacia las escaleras cerca del mostrador. “Tomen la habitación que quieran, luego vuelvan y pídanme la llave. En las puertas hay números.”

“Gracias,” asintió Angharad.

El hombre resopló y se alejó.

“No creo que el dueño de La Tumba Caliente sea más cortés,” comentó ella con sarcasmo.

“Está cerrado,” explicó Shalini tras tragar un gran sorbo. “Ferranda preguntó cuándo supimos lo del alimento.”

“Parece muy joven para dirigir una posada,” comentó Angharad. “Incluso para un pueblo fronterizo.”

“No preguntamos eso,” respondió Ferranda. “Pero apostaría a que tiene que ver con los cultistas empalados frente a las puertas. Todo el pueblo está en vilo, quizás los atacaron hace poco.”

Eso tenía mucho sentido, pensó ella. Con el deslizamiento que sepultó la guarnición de la Guardia cerca de la montaña, el culto del Ojo Rojo podría haber considerado una oportunidad para intentar un asalto a Cantica. También explicaría la escasa presencia en las calles. La posadera regresó con su comida: salchicha, guisantes y almendras en rodajas. Le dio las gracias, preguntándole por su nombre, y solo recibió un gesto de ceja levantada como respuesta.

“También lo intenté,” dijo Zenzele con sarcasmo. “Este no es muy amistoso.”

Shalini, que había terminado su plato y empezado a mirar la de sus vecinas, soltó un gruñido.

“No ve la razón de ser amistosa cuando el juicio podría matarnos a cualquiera,” comentó la someshwari.

Ferranda, discretamente, utilizó su tenedor de madera para vaciar la mayor parte de sus guisantes en el plato de Shalini, sonriendo seductoramente a la otra mujer cuando Shalini giró una ceja, aunque el ambiente sombrío, por el recuerdo de la Prueba de las Malezas, no se disipaba con tanta facilidad.

“Es un asunto sanguinario,” coincidió Angharad.

“Y ahora eso te trae a nuestras costas para que puedas saber quiénes seremos y quiénes nombrar,” dijo Lord Zenzele.

“Eso tiene cierta importancia,” afirmó ella, “pero mi mayor preocupación es determinar hasta dónde alcanzaremos nuestra línea de acción.”

Aparecieron rostros de sorpresa.

“A menos que ocurra una sorpresa o un milagro, Tupoc Xical morirá al amanecer,” dijo Angharad. “Mi pregunta para ti es la siguiente: ¿terminará allí el juicio?”

Los tres intercambiaron miradas, y ella sintió una punzada de envidia por lo estrechamente que ahora se relacionaban. Hace unos días solos eran extraños.

“Pensé,” dijo Zenzele lentamente, “que querrías una segunda ronda, aunque sólo fuera para que Lord Augusto pudiera seguir los pasos de Xical.”

Angharad negó con la cabeza.

“Puedo hacer mi propia muerte,” respondió con franqueza. “No necesito un juicio para ocasionarla por mí misma.”

El juramento que había hecho al alcalde Crespin era claro: no debía hacer daño a los que participaran en el juicio ni a los habitantes del pueblo mientras fuera huésped en Cantica, a menos que la atacaran primero. En cuanto salieran del pueblo, el infanzón ya no gozaba de protección.

“Eso es,” dijo Lady Ferranda con hesitación, “en honor a ustedes.”

“No eres la única con rencores que saldar, Tredegar,” dijo Shalini. “No hace falta que hagan una lanza con la cabeza de Tupoc, y Augusto podría beneficiarse de que le revoquen el derecho a respirar, pero todavía hay un asesino en libertad y quiero que se haga justicia.”

Angharad se quedó quieta.

“¿Ella?” preguntó ella.

“Yaretzi intentó matar a Ishaan en camino hacia la fortaleza-templo,” dijo Shalini. “Quizá no me creas, pero vi lo que vi. La atraparía en una jaula por eso, y luego la enterraría.”

“¿Tienes prueba de que mató a Jun y Aines?” preguntó Angharad.

“No,” admitió Shalini, “pero ¿cuántas víboras puede haber entre nosotros?”

Ferranda suspiró.

“No estoy de acuerdo, y no voté en consecuencia,” dijo la mujer de cabellos rubios. “Aún creo que detrás de esas muertes estuvo otra persona, actuando a través de cómplices. He oído... rumores acerca de Yaretzi, que son sospechosos.”

Isabel había dicho que ‘Yaretzi’ era una huérfana más baja de lo que debía ser. Ferranda no parecía darle mucho crédito a las palabras de la otra infanzona, pero tampoco las desestimaba. Angharad levantó una ceja hacia Zenzele, dejando la pregunta en el aire.

“Ahora que lo pienso, encuentro algunas conductas de Yaretzi durante la Prueba de las Líneas poco habituales,” admitió Zenzele. “Estaba acostumbrada a vivir con dificultades, para ser diplomática, y aunque estrechó amistad con Ayanda mostró poca tristeza cuando los cultistas se la llevaron.”

Shalini apartó la vista ante ello. Ella y Ishaan se habían negado a seguir la banda para recuperar a la amante de Zenzele, Angharad lo sabía. Tal vez esa era la decisión más sensata, pero parecía que una creciente familiaridad con Zenzele Duma estaba matizando las matizaciones de esa elección en retrospectiva.

“Entonces, ambas están decididas a que Yaretzi reciba la justicia en una segunda ronda?” preguntó.

Shalini asintió rápidamente. Zenzele hizo lo mismo un instante después.

“Cada ronda habrá una muerte, y en cada una nos tendrán en jaulas a las tres,” les recordó en voz baja. “Quizá no encuentren el apoyo que buscan antes de que se acumulen muchos cadáveres.”

Ferranda gimió.

“Una pregunta para dejarla para mañana,” dijo. “Una vez muerto Tupoc, decidiremos qué tan lejos queremos llegar.”

Shalini parecía rebelde, pero guardó silencio. Por un acuerdo tácito, volvieron a platicar de temas más ligeros mientras Angharad terminaba su comida, devorando la comida insípida. El hambre era el mejor condimento. Otros iban acercándose en silencio, solos o en parejas. Cozme, recién vendado, se acercó a la mesa para contarles que Yong estaba siendo abierto en canal—tenía una bala en la espalda que debía extraerse—y quizás no estaría en pie al día siguiente. Para cuando Angharad terminó su comida, las ausencias eran más notorias que las presencias. Además de Yong, solo faltaban tres.

Tupoc, Lan y Augusto.

Al despedirse de los tres, Angharad tomó su sable y subió las escaleras para buscar una habitación. Las escaleras conducían a un estrecho pasillo formando una amplia L, que ella encontró, cuya parte más larga miraba hacia la calle. Entre ambos lados había unas veinte puertas con números pintados, todas abiertas salvo las tres más cercanas a las escaleras. La Pereduri sospechaba que también estarían cerradas con llave, pero no se detuvo a comprobarlo. En cambio, buscó cuál habitación parecía más comfortable, con la esperanza de encontrar un colchón que no estuviera relleno de paja. No era la única con esa idea.

“¿Nos estamos poniendo a comparar las habitaciones?” preguntó Brun, con una sonrisa torcida en los labios.

El sacromontano rubio parecía cansado, sosteniendo su mochila de manera floja, pero aún firme sobre sus pies. Eso solía ser habitual en él.

“Por ahora, todo paja,” admitió Angharad. “¿Has encontrado algo?”

“Lo mismo para los colchones, creo que ya podemos perder la esperanza de eso,” contestó. “No hay ventanas en ninguna parte, pero las tres habitaciones en la esquina tienen un armario además de una mesita de noche. Eso parece lo más lujoso por aquí.”

Angharad suspiró. Era mejor que nada, pensó. Los dos retomaron el camino, atravesando las escaleras y doblando en la esquina en forma de L hacia el pasillo más pequeño. Mientras ella dudaba, Brun tomó la iniciativa, ocupando la habitación del medio y arrojando su mochila en la cama. Molesta, ella le pasó de largo y tomó la habitación al final del pasillo. En la puerta, pintado en blanco, estaba el número veintiuno, la clave que necesitaría para reclamarla.

Brun la esperaba en el pasillo cuando salió.

“¿Has comido ya?” preguntó.

Ella asintió.

“Qué lástima,” dijo Brun. “¿Estaba buena?”

¿Te gustan las arvejas?” preguntó con sequedad.

“Más que morir de hambre,” respondió con gracia el hombre de cabello rubio.

Entonces, supongo que estarás bien alimentado,” le dijo Angharad.

No pudo ofrecerle un cumplido más elaborado, pues sería peligrosamente cercano a la mentira. Juntos descendieron, encontrando en el camino a Yaretzi subiendo también. Como las escaleras eran demasiado estrechas para dos, la izcalli se volvió con gallardía y descendió para cederle paso, mientras Brun subía de nuevo para dejarla pasar a ella. Angharad le felicitó con un pequeño asentimiento, pero nada más. Dado que existían posibilidades de que ‘Yaretzi’ fuera alguna especie de impostora, era mejor mantenerse alejada.

Al recibir su llave del posadero, una mujer de cabello oscuro y unos treinta años – vestida con ropas tan anticuadas como las del joven– la estaba esperando.

“Alix,” se presentó. “Me encargo de los asuntos del alcalde Crespín. Tú eres Angharad Tredegar, ¿verdad?”

Angharad asintió en señal de confirmación.

“Entonces necesito tres nombres de tu parte,” dijo Alix, tomando un tizón y una pizarra.

Tras un breve momento de duda, ella los proporcionó. Tupoc Xical, Augusto Cerdan y Cozme Aflor. Después de un primer interrogatorio y la muerte de Tupoc, Angharad no vio necesidad de continuar con esa cruel prueba, pero no tenía la facultad de decidirlo. Quizá podrían dialogar al día siguiente, tras la ejecución. Después de volver a subir para cerrar su puerta, al regresar a la sala común encontró a Song sentada con Sarai y Ferranda, quien parecía reticente; algo que Angharad prefirió evitar. En su lugar, salió a las calles, con los pies ansiosos por avanzar pese a su cansancio.

No se les permitiría regresar a sus habitaciones hasta que todos hubieran dado tres nombres, de todas formas.

Cantica era más pequeña de lo que ella había imaginado. Dos grandes posadas, el Último Descanso y el Bote Caliente, ocupaban bastante espacio dentro del área amurallada por una empalizada y un círculo de faroles. Lo demás eran casas de madera tosca —todas con las persianas cerradas— y Angharad vio muy pocos habitantes en las calles; y unos pocos comercios. La gente de Cantica era cortés pero distante, la mayoría ni siquiera se molestaba en responder a un saludo, limitándose a un breve saludo con la cabeza.

Las tiendas tampoco eran denominables atractivas. Una tienda general media vacía y una herrería estaban juntas, mientras más abajo en la calle un carpintero y un panadero componían el resto de la "calle principal" del pueblo. Angharad encontró a Lan sentada en un callejón junto a la

panadería, encajada en un cajón mientras devoraba una hogaza de pan negro. Por capricho, decidió buscar a la otra mujer.

“En el Último Descanso hay comidas calientes, ¿sabes?” dijo Angharad.

La Tianxi de labios azules sonrió.

“Pero no puedes moverte mientras comes eso,” dijo ella. “Y hay mucho que ver en un lugar como este.”

Angharad levantó una ceja, algo escéptica.

“¿En serio?”

Lan tarareó.

“¿Cuántas personas crees que viven en un pueblo de este tamaño?” preguntó.

Angharad parpadeó.

“Alrededor de dos o trescientos,” pensó.

“Probablemente más cerca de cuatro o cinco,” dijo Lan. “Pero estás en la zona correcta. ¿Cuántas de esas personas has visto en las calles?”

Angharad pensó en ello, frunciendo el ceño.

“Menos de cincuenta,” dijo. “Y ningún niño.”

“La sensatez dice que hay que mantener a los niños en casa cuando tienes una docena de lunáticos armados al acecho,” dijo Lan, “pero lo que me intriga es por qué hay tan poca gente en la calle. Creo que tiene que ver con las luces.”

La Pereduri parpadeó, asimilando las ideas.

“¿Crees que aquí viven hollows?” preguntó, horrorizada.

“No,” respondió Lan, mordiéndole el pan y tragando un trozo. “Creo que la gente vive aquí y mantiene esclavos hollows. ¿Conoces a muchos agricultores que saldrían a arar un campo con cultistas sueltos? Yo creo que usan a los prescindibles. Y la Guardia permite esto, porque si Cantica obtiene beneficios pueden sacar algo de dinero en impuestos.”

Angharad tragó saliva.

“Y ahora que los faroles están encendidos,” comentó, “los hollows permanecen dentro para que no les given el toque de la Claridad.”

La otra mujer asintió.

“Solo es una suposición,” admitió Lan. “Pero me resulta muy interesante que casi ninguna casa tenga las persianas abiertas, salvo las tiendas —las partes adineradas, la gente con dinero— que sí están abiertas y con sus dueños presentes. Eso traza un cuadro.”

Así era, pensó Angharad con una mueca. La Guardia no practicaba la esclavitud, pero Cantica no era el Rookery. Era una colonia con carta de colonia, y si las leyes eran como las de Malan, entonces este pueblo sería algo así como un estado vasallo que paga tributo. No, estrictamente hablando, no formaba parte de la Guardia ni de sus territorios.

“¡Ojalá que al menos una parte de esta isla maldita no estuviera llena hasta el borde de secretos siniestros!” exclamó Angharad furiosa.

Lan la observó, con una expresión que parecía divertida.

Entonces, ¿no te interesará lo que escuché sin querer mientras vigilaba a nuestro amigo Augusto? —se burló ella—.

Angharad parpadeó.

—¿Por qué seguiste a Augusto? —preguntó lentamente.

—Porque Tupoc dijo que me mataría y que parecería un accidente —respondió Lan con alegría—. Lo perdí dos calles más allá, cerca de la carnicería.

Angharad observaba a la otra mujer mientras seguía devorando su trozo de pan, con una expresión llena de conflictos. Por un lado, Lan era una astuta que se metía en asuntos ajenos y rebuscaba en las bolsas cuando encontraba medio pretexto. Pero, por otro lado, su actitud tan franca y su naturaleza generalmente mercenaria hacían que Angharad no pudiera considerarla completamente una embustera. Si una víbora te dice que es una víbora y que te va a morder, y después te muerde exactamente como predijo, ¿podría considerarse una traición?

Angharad aclaró la garganta.

—Por favor —dijo—, ¿puedo saber qué estaba haciendo Augusto?

Si la otra mujer había mencionado algo, valía la pena escucharlo.

—Gratis, ya que eres buena persona —dijo Lan con facilidad—. Nuestro muchacho estuvo hablando con los guardias del pueblo antes, preguntando por las puertas de Cantica. Más precisamente, si hay otras entradas o salidas de este lugar.

Los ojos de Angharad se estrecharon.

—¿Y las hay? —preguntó.

—No escuché la respuesta del guardia —dijo Lan—, pero creo que su señoría ha visto las señales en la pared del Trial de las Hierbas, y ahora quiere escapar antes de que terminen cortándole la

cabeza.

Eso pensó Angharad con cierto pensamiento oscuro, que el hombre era lamentablemente previsible.

—Quizá debería ir a ver dónde está —dijo con cierta frialdad—.

—Buena suerte —dijo Lan, mordiendo su pan—, y lo digo en serio. Se nota el loco en ese muchacho, y ni siquiera es el tipo de locura que divierte.

Sin estar muy segura de cómo responder, la noblewoman mantuvo el rostro impassible y se despidió con cortesía. Lan parecía cada vez más entretenida, aunque sus ojos ya estaban en otro lado.

La Tianxi no había terminado de husmear en Cantica en busca de secretos, podía notar.

—

No logró encontrar a Augusto a tiempo.

El infanzón se había refugiado, y Tupoc ya no estaba junto a la carnicería cuando ella pasó cerca. En realidad, no le quedó mucho tiempo para mirar, ya que un guardia del pueblo la abordó en la calle y le ordenó volver al Último Descanso.

—¿Puedo preguntar por qué? —dijo Angharad con elegancia.

—Ya están todos los votos —respondió la mujer—. Los nombres y cifras están en la lista junto a la puerta. Cuando todos las hayan visto, se les permitirá volver a sus hogares para la noche.

Aunque Angharad creía ya conocer los resultados, pensó que no hacía daño echar un vistazo antes de buscar a Augusto nuevamente. Además, podía ser interesante ver los números. Agradeció a la guardia y rápidamente volvió en dirección a la calle, donde la mayor parte de su grupo se encontraba frente a una tabla de seis pies de altura. La escritura era la misma que la del ayudante del alcalde —¿Alix, verdad?—.

Angharad rodeó a Zenzele para acercarse más a la lista, notando a duras penas, de reojo, que Song estaba allí, con expresión de preocupación. ¿Por qué? La inspección del listado reveló que once de los catorce habían mencionado a Tupoc, colocándolo en la cima del ranking. En realidad, era menos de lo que esperaba. Augusto se situaba en segundo lugar, con diez menciones, lo que le parecía razonable. El nombre de Cozme aparecía en tercer puesto, pero allí parpadeó, sorprendida.

Cinco veces. Solo había sido mencionado cinco veces.

Y el nombre que llevaban bajo el suyo era un garabateado ANGHARAD con un cuatro al lado.

Había estado a punto de terminar en una jaula, la Pereduri apenas lo comprendía. Toda esa comunicación con los demás y nunca había notado que caminaba al filo de la navaja. Bajo ella,

Tristan también había sido mencionado cuatro veces, otra injusticia, y luego, de todas las personas, Brun había sido citado tres veces. Yaretzi, con tres menciones, era un poco menos sorprendente, pero fue una sorpresa abrupta que el último nombre en la lista fuera Song, mencionado solo dos veces.

Quizá Angharad debería haber intentado relacionar votos con rostros, armar el rompecabezas, pero sus ojos volvieron insistentemente a su propio nombre justo debajo del de Cozme y cuánto había estado a punto de ser enviada a la jaula en su lugar. Sintiendo las miradas que permanecían en su espalda, la Pereduri se sonrojó con vergüenza.

Cuatro votos, Dios Dormido.

Augusto y Tupoc podían entenderlos, pero ¿quién más habría ofendido para merecer tal desprecio? ¿Era Cozme lo suficientemente hipócrita como para rogar por su misericordia y, en la misma respiración, intentar encarcelarla? La mandíbula de la Pereduri se apretó. Probablemente sí. Y todavía quedaba una más entre los catorce que habían querido exhibirla como a un animal salvaje, sin haber hablado nunca con ella cara a cara.

Con el ánimo profundamente alterado, ignoró a Song que la llamaba y se alejó. La ausencia de compañía le haría bien. Un par de minutos caminando con el ceño fruncido, al punto que los habitantes del pueblo le daban un amplio margen, la calmó lo suficiente para que, al ver una silueta familiar, no evitara al hombre. Después de todo, Tristan también tenía cuatro votos a su nombre. Ella no le consideraba más merecedor de tanta difamación que ella misma.

El hombre de aspecto desaliñado apoyado contra la pared de una casa, como observó Angharad al acercarse, y mirando hacia una de las lámparas pálidas que rodeaban toda la ciudad de Cantica, destinadas a mantener alejados a los lemures y a infundir temor en el corazón de los oscuros. El hombre le hizo un gesto de rechazo con la mirada al acercarse, ofreciendo una cortés inclinación que ella devolvió.

“¿Extrañas tu hogar?” preguntó ella. “Debe haber sido un cambio importante, salir de Sacromonte por primera vez.”

“Hay menos luces en las partes de mi ciudad de lo que piensas,” respondió Tristan. “Pero debo admitir que hay algo nostálgico en esto.”

Sus labios se estrecharon.

“Son exactamente del mismo tipo de lámparas que usan en la Murk.”

Angharad no llevaba mucho tiempo en Sacromonte, pero suficiente para haber oído hablar de esa Murk. Las barriadas de la ciudad, aunque había rumores salvajes y coloridos acerca de lo que allí sucedía. Ella levantó una ceja hacia el hombre, pues ese no parecía un detalle que mereciera una atención especial.

“Supongo que deben importarlas desde Sacromonte,” dijo Angharad. “Es la ciudad más cercana a la isla, y la Guardia tiene vínculos antiguos con ella.”

“Eso también lo pensé,” estuvo de acuerdo Tristan. “Solo que en Tredegar, esas lámparas están en perfectas condiciones. Su resplandor es impecable.”

“¿Y eso qué significa?” preguntó Angharad.

“Quizá nada en absoluto,” dijo Tristan en voz baja, “o que estamos en graves problemas.”

---

Revision #1

Created 4 May 2026 09:51:09 by Michael Brown

Updated 4 May 2026 09:51:12 by Michael Brown